

Rodríguez Martín, Nuria, *La capital de un sueño. Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Asociación de Historia Contemporánea / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015, 573 páginas, pról. de Luis Enrique Otero Carvajal.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.37.2017.572-575>

Esta obra, que le mereció a su autora el premio Miguel Artola 2014, se inscribe en un plan de investigación más vasto, puesto en marcha por el profesor de la Universidad Complutense, Luis Enrique Otero Carvajal que, siguiendo las pautas de la nueva Historia Urbana, pretende ofrecer una visión renovada de las transformaciones y del real papel ejercido por la capital del Estado en la España contemporánea, superando viejos tópicos y estereotipos que aún conservan mucho peso. En este plan se integran otras tesis doctorales ya realizadas o en curso, a cargo de Rubén Pallol, Fernando Vicente, Borja Carballo o Santiago de Miguel Salanova, que han afrontado el estudio de las distintas concreciones del ensanche madrileño (cabría remitir a la obra colectiva, *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, de 2008).

Pues bien, la investigación de Nuria Rodríguez (en su origen, también una tesis doctoral), integra los hallazgos del equipo con sustanciales aportaciones propias para ofrecer un estudio de conjunto en torno a la modernización experimentada por la urbe madrileña en el primer tercio del siglo XX y para la que, como en otros planos de la vida colectiva de los españoles, el estallido de la Guerra Civil de 1936-1939 supuso una interrupción, o, mejor, un retroceso de graves consecuencias.

El enfoque adoptado, por otra parte es comparado y cosmopolita, en el sentido de que pone en línea de manera constante, las mejoras urbanas, pero también los problemas y contradicciones que el mismo crecimiento urbano provocó con procesos paralelos que estaban teniendo lugar (a menudo, en precedencia a Madrid) en otras metrópolis europeas y americanas, puesto que la autora y el inspirador de este proyecto investigador, Otero Carvajal, interpretan estos procesos como la transformación de la ciudad en una metrópoli, o de *metropolitización*). De hecho, Nuria Rodríguez remata su libro con un epílogo o conclusión en el que se subraya sobre todo este aspecto. A nuestro juicio, no obstante, hubiera sido interesante incluir

también a la ciudad de Barcelona en el marco comparativo elegido, ya que no aparece demasiado en el libro.

La ampliación en el mercado de transportes con la ampliación de la red de tranvías y autobuses y la apertura de las primeras líneas del ferrocarril metropolitano; el recurso a la planificación urbanística en determinadas áreas de la capital que dieron lugar a realizaciones muy avanzadas, tales como la Ciudad Lineal, la Ciudad Universitaria o la apertura –no concluida aún en 1936–, de la Gran Vía, junto con realidades como el crecimiento espontáneo y no sujeto a plan alguno del *Extrarradio*, verdadero lunar en las políticas del Ayuntamiento madrileño, configuran aspectos que son abordados en profundidad en el libro. Y al lado de ellos, otros, que aportan argumentos esenciales de cara a la construcción de su tesis central, tales como la modernización de la economía y de la estructura de la población activa. Madrid, en efecto, que a diferencia de otras áreas urbanas peninsulares, había basado su crecimiento en el siglo XIX, en su condición de gran centro de consumo y de redistribuidor de recursos y proveedor de servicios al resto, durante el primer tercio del siglo XIX iba a subirse también al carro de la industrialización, de la mano, sobre todo, de la electricidad que posibilitó el desarrollo de sectores como la industria química, la alimentaria, o de fabricación de maquinaria, además de acoger a varias filiales de empresas multinacionales.

De esa manera, si en el siglo XIX, en la estructura laboral madrileña el trabajador sin cualificar, el jornalero, había adquirido un predominio indudable, los nuevos empleos ofrecidos por la industria ensancharon las posibilidades de colocación para los inmigrantes llegados a la ciudad y favorecieron un aumento sustancial de los trabajadores cualificados. Y una particularidad muy propia de la condición metropolitana de la ciudad lo fue la tendencia a la terciarización del mercado de trabajo, no solo por el tamaño que en Madrid poseía el sector estatal, al ser la capital española, sino sobre todo, por la importancia y complejidad crecientes de los servicios financieros, comerciales y de comunicación que prestaba al resto del territorio y que tendieron a concentrarse en ella. Es muy significativo que en 1930, los empleados públicos solo representaran ya el 15 % de los trabajadores de cuello blanco de la población o que en la estructura socioprofesional este tipo de empleos llegara a poseer tanto peso como el trabajo manual, lo cual trascendía de la esfera puramente económica a la creación de nuevas identidades sociales, nuevos estilos de vida, etc.

Esto último enlaza con una tesis que a priori puede parecer arriesgada, pero que se defiende con argumentos sólidos en el libro como es la de que la

sociedad madrileña, como consecuencia de los cambios anteriores se estaba empezando a perfilar, ya en las postrimerías del periodo analizado, con los rasgos de una sociedad de consumo: el peso, que se volvía ya abrumador, de la publicidad, que llegaba a los ciudadanos a través de una variada gama de soportes y de canales inexistentes a principios de siglo, los cambios en los hábitos de consumo, como efecto de la modernización del comercio apareciendo, incluso, los grandes almacenes (como el establecimiento *Madrid-París*, en la Gran Vía, inaugurado en 1924), las prendas confeccionadas en serie que facilitaban, por su precio más económico, los deseos de “ir a la moda”, la implantación del precio fijo, la venta a plazos y a crédito, extendida a bienes de consumo duraderos, como electrodomésticos o, incluso automóviles, la implantación de las rebajas y ventas especiales, la reforma de los locales para volverlos más atractivos, especialmente sus escaparates en lo que la electricidad, la buena iluminación, desempeñó un cometido esencial... Y, de la mano de estas innovaciones se desarrolló el hábito de *ir de compras*, en la línea de lo que ha sido ya observado para otras metrópolis europeas, como Londres.

El consumo de ocio, experimentó también grandes cambios en el primer tercio del siglo XX, atendiendo a una demanda creciente y que exigía otro tipo de distracciones o espectáculos. En esta etapa, por ejemplo, sobre todo en los años veinte y treinta, es cuando se asiste a la consolidación de nuevos espectáculos de masas, como el cine o el fútbol, lo que motivó la construcción acelerada de espaciosos y lujosos cines, patente sobre todo en la Gran Vía (*Cinelandia*), además de estadios de fútbol de considerable aforo, como el Metropolitano. La práctica del deporte, por otro lado, dejó de estar reservada a la aristocracia y se popularizó, expandiéndose los clubs y asociaciones deportivas, y esto benefició, aparte de al fútbol a otros deportes como el ciclismo: en 1935 se celebró la primera *Vuelta ciclista a España*, con salida y meta en Madrid. El consumo de naturaleza, en fin, se estaba convirtiendo ya, a comienzos de los años treinta en un fenómeno de masas y de carácter estrictamente urbano: algunos reportajes hablaban por ejemplo de la *conquista de la sierra* por parte de los trabajadores madrileños. Pero todo ello no quiere decir que otras formas tradicionales de satisfacer la demanda de ocio perdieran su vitalidad, caso del teatro o los toros o no se renovaran, con la aparición del bar americano, la revista musical, etc. Es revelador que la nueva plaza de toros de Madrid, *La monumental*, abriera sus puertas en 1934.

La población madrileña, además, empezó a beneficiarse de un incipiente bienestar doméstico, lo cual se reflejó en el aumento en el

consumo de los servicios de agua potable, electricidad y telecomunicaciones. En el plazo de unos pocos años, por ejemplo, la electricidad se convirtió en un artículo de primera necesidad en los hogares y hubo un esfuerzo considerable por parte de las empresas distribuidoras o fabricantes de aparatos eléctricos, por incrementar sus usos domésticos, teniendo en cuenta sobre todo el ámbito urbano, lo cual se hizo notar también en el alumbrado público (caso de la nueva avenida de la Libertad, iluminada con unos 200 focos eléctricos) y en la expansión de los transportes urbanos. En parte gracias a la labor de entidades como la Asociación Española de Luminotecnia, dice la autora que en el Madrid y en la España de los años treinta, se difundía ya, como en otros países occidentales, el ideal del hogar moderno electrificado y tecnificado. También por lo que respecta al abastecimiento de agua, a pesar de las numerosas deficiencias y desigualdades en el reparto del agua (había barrios, a comienzos del siglo XX, claramente *sedientos*), se incrementó considerablemente la red de tuberías y se mejoró la calidad del agua, cuyo consumo se pretendió someter a un mayor control y hacer más racional (mediante el uso de contadores). Ello redundó en la transformación de los hábitos higiénicos de los habitantes de la urbe aunque todavía contar con una bañera o una ducha dentro de la vivienda era un lujo.

Es importante en la argumentación empleada para defender que se estaba caminando en la dirección de una sociedad de consumo, la importancia que se concede al estudio de los cambios en el sector de la publicidad, sin duda, una de las facetas más desarrolladas en este estudio y que proporciona un plus añadido al interés que esta publicación puede suscitar al investigador y al lector.

RAFAEL SERRANO GARCÍA  
Instituto de Historia Simancas-Universidad de Valladolid  
rafael.serrano@uva.es